

QUINCE SEGUNDOS

Observé la cabeza que reposaba sobre una enorme mancha de sangre que cubría casi la mitad de la superficie de la mesa y que empezaba a caer por el borde. Me acerqué despacio, procurando no ensuciar me, y le tomé el pulso, aunque no hacía falta. El agujero en mitad de la coronilla, entre la mata de pelo rubio, indicaba que se había disparado en la boca, en el paladar. El cuerpo aún no estaba frío del todo; así pues, no hacía demasiado que había sucedido. Levanté la vista, busqué el agujero de bala y lo encontré en la pared que el cadáver tenía a su espalda. Mentalmente calculé la trayectoria. El disparo se había producido mientras estaba sentado.

—¿Cómo ha sido? —pregunté.

—No lo sabemos. Nieto lo ha encontrado así —contestó Jean Louis.

—Dígale que entre; usted quédese fuera, vigilando, para que no aparezca nadie ni tengamos más sorpresas —le ordené.

Me quedé quieto, mirando aquel cuerpo inerte. Fueron apenas quince segundos. Justo el tiempo que Jean Louis tardó en llegar a la puerta de la sala, abrirla, salir y decirle a Pedro Nieto que entrase. Quince segundos en los que sólo existimos el muerto y yo. Nadie más.

¿Cuántas ideas, pensamientos e imágenes cruzan por nuestra mente en quince segundos? Pueden ser pocos o muchos, quizá centenares o incluso miles, aunque parezca increíble. Todo depende de las circunstancias.

Miré la mata de pelo rubio manchada de sangre, en la coronilla, en el lugar exacto por donde había salido la bala; luego vi el revólver en su mano y, de pronto, mi mente se puso a trabajar a una velocidad de vértigo. Durante aquellos quince segundos vi desfilar imágenes, rostros, conversaciones, situaciones..., todo lo que nos había conducido hasta aquel instante, y me di cuenta de que mi futuro estaba en manos de aquel pobre desgraciado. No exactamente en sus manos, sino en las decisiones que yo tomase en los próximos minutos. Pero él era la clave de todo.

—¿Qué desea jefe? —oí que decía la voz de Pedro Nieto, y regresé a la realidad del momento.

Quince segundos y todo quedó claro. Hay momentos en la vida en los que tomar una decisión rápida y acertada puede conducirte al lado adecuado de la frontera que hay entre el éxito más espectacular y el más

rotundo fracaso, entre la riqueza o la pobreza, entre ser alguien o seguir siendo un don nadie. Tuve aquel pensamiento, aquella certeza absoluta, con una claridad meridiana, y sonreí. ¡Claro que sonreí! Una baraja de naipes únicamente contiene cuatro ases y sólo una vez en la vida los cuatro caen en tus manos, juntos, para formar un precioso póquer. ¿Quién sería ser tan estúpido de dejar pasar semejante oportunidad? Yo no. ¡Por supuesto!

1 - EL GRAN DÍA

Llamamos a la muerte «el sueño eterno» y no nos damos cuenta de que vivimos perpetuamente entre espacios oníricos, sin apenas instantes de verdadera lucidez. Cuando alguien nos dice que carecemos de la posibilidad de ser conscientes de cuanto sucede a nuestro alrededor, nos ofendemos y le contestamos que nosotros nos damos perfecta cuenta de que vivimos. Nos evadimos de todo y luchamos sólo para construir mundos irreales en los que poder gozar del vacío de nuestra imaginación y de una seguridad inexistente. Únicamente de vez en cuando algo, tal vez alguien, nos sustrae de nuestro universo inmaterial y nos abre los ojos a la realidad.

Yo tuve mi instante de lucidez en Barcelona, en esa nueva ciudad llena de empuje que se creaba en 1911, y fue gracias a dos elementos tan contrapuestos como llenos de paralelismos. Por un lado, pude contemplar en toda su crudeza la pasión ilusoria que generan en el ser humano la codicia y la locura de las mesas de juego, y por otro, sentí dentro de mí la otra pasión, esta vez real, que provoca en nuestro corazón la promesa de un gran amor.

Mi historia, la verdadera, la que viví intensamente, sin fisuras, empezó el día 15 de julio de 1911.

Aquel día, de pronto, me desperté contemplando el espectáculo que representan un ejército de operarios y técnicos dando los últimos retoques a una obra colosal. Aquella gente apenas habría dormido dos horas en las últimas veinticuatro. Que alguno de ellos, durante la última semana, hubiera conseguido echarse sobre una cama un total de veinte horas podía considerarse algo excepcional. ¿Quién podía imaginar, en aquella Barcelona, bajo el tórrido calor del verano, en la que estaba a punto de cumplirse el segundo aniversario de la Semana Trágica, que iba a producirse un acontecimiento como aquél?

Los socios franceses, que aportaban la mayoría del capital, habían estado a punto de retirarse tras el desastre que supuso la última semana de julio de 1909. Fue casi un milagro que continuasen en el proyecto. Los treinta muertos, los diecisiete condenados a muerte, los cinco ejecutados, los más de mil detenidos y la cantidad sin precisar de heridos, porque muchos de ellos no se acercaron a un hospital por temor a ser detenidos, habían pesado mucho durante todos los trabajos de construcción de lo que pretendía convertirse en el nuevo emblema de la ciudad. Barcelona crecía

a un ritmo acelerado, ya había sobrepasado ampliamente las seiscientas mil almas y se encaminaba a marchas forzadas hacia el millón. Apenas tres años antes habían empezado a derribar las casas que impedían que el Carrer Pau Claris llegase hasta el mar; ya se podía adivinar en todo su esplendor la Via Laietana, de veinte metros de ancho, flanqueada por edificios que serían la sede de las oficinas y de las empresas que se trasladaban al nuevo barrio de los negocios.

Y ahora aparecía la guinda del pastel. Grande, imponente, con la ciudad rendida a sus pies, elevándose hacia el cielo y exhibiendo todo su orgullo, habiendo superado todas las pruebas imaginables; aquella noche tendría lugar la cena de gala que serviría para inaugurar las nuevas instalaciones del casino de La Rabassada. Cuatro días más tarde abriría sus puertas al gran público.

Tras el desastre de 1898, que había detenido el crecimiento de la ciudad, la entrada del siglo XX había traído consigo una bocanada de aire fresco en forma de multitud de nuevos proyectos que estaban cambiando completamente la fisonomía de la ciudad y sus alrededores. La montaña de Collserola era un punto privilegiado que acogería parte de esa gran transformación. Primero la construcción del gran templo del Sagrado Corazón de Jesús, obra de los salesianos. Luego, la carretera de acceso que se había inaugurado en 1888 para la llegada de la reina María Cristina, que había expresado su deseo de disfrutar de la vista panorámica. Semejante acontecimiento fue lo más parecido al disparo de salida en una carrera por conseguir que una simple montaña se convirtiese en el gran mirador de la ciudad. Ya hacía cinco años que funcionaba a pleno rendimiento el funicular del Tibidabo, que conducía a un parque de atracciones fruto de la iniciativa del farmacéutico Salvador Andreu y que se perfilaba como uno de los puntos de Barcelona que más visitas recibiría. A ello había que sumar el observatorio Fabra y el museo de Física Ferran Alsina, obras de los años 1901 y 1905.

Finalmente, en aquel 1911, con el retraso pertinente, los trabajos del casino habían concluido, los obreros se habían marchado y habían dejado paso al equipo de decoradores, electricistas, carpinteros y pintores. Bajo las órdenes del arquitecto Andreu Audet Puig, habían dado el toque final a la remodelación del hotel ya existente para integrarlo en el conjunto que él había proyectado y dirigido. El hotel no era obra suya, sino de un arquitecto francés, de París, con un nombre muy rimbombante, Lechevallier Chevignard. Pero de la mano de Audet había surgido la impresionante verja de entrada con el rosetón metálico de más de cinco metros de diámetro donde se podía leer en letras de molde «LA RABASSADA. CASINO. ATRACCIONES», flanqueada por dos taquillas de venta de entradas, a modo de almenas de un castillo, y otras dos torres coronadas por una cúpula. Justo tras la entrada, aparecía el mirador y a

la derecha se alzaba la majestuosa escalinata en semicírculo, capaz de acoger a más de diez personas que bajasen a la vez y que conducía al magnífico parque de atracciones. Allí, el visitante disfrutaría de una de las montañas rusas más espectaculares que existían, con sus dos kilómetros de longitud, del tren de las escenas, aquí llamado *Scenic Railway*, que paseaba por túneles llenos de sorpresas, de la vagoneta de la caída acuática, llamada *Water Chute*, con una pendiente del veinte por ciento. Las barcas descendían sesenta y cinco metros para acabar sobre un lago de más de mil quinientos metros cuadrados de superficie.

Según me habían contado, los diseñadores de aquel lugar tomaron ejemplo de parques de otros países. De ahí esos nombres tan internacionales. Y entre una y otra experiencia de vértigo, el visitante podría descansar en el palacio de la risa —tenía que pronunciarse en francés, *Palais du Rire*—, que era un lugar repleto de espejos cóncavos y convexos que deformaban las figuras humanas hasta convertirlas en caricaturas. También disfrutarían la casa encantada, con nombre francés, claro, la *Maison Hantée*; o acudirían a la atracción del tiro con flechas o con carabinas, o a los bolos, amén de otras muchas atracciones menores.

Contemplar lo que sucedía aquel día era un espectáculo inigualable. Todos los empleados del parque se afanaban en realizar las últimas pruebas de las atracciones y los encargados de las taquillas se situaban en la verja de entrada. Sin embargo, aquel día, no cobrarían los cincuenta céntimos de la entrada, que daba derecho a una atracción, sino que controlarían el acceso de los trescientos invitados a la inauguración e indicarles el camino. Otro equipo de técnicos, verdaderos especialistas, se ocupaba de la joya de la corona: el casino.

¡Oh, el casino! Allí los trabajos de decoración habían terminado mucho antes. Un pequeño ejército, muy bien entrenado, tomó posesión del vestíbulo, de las dos salas de juego, del guardarropa y de los despachos, mientras dejaba el salón de conciertos en manos del arquitecto y el restaurante en las de Pierre, que se ocupaba de la dirección y organización y cuya aureola de galo se adivinaba por todas partes. No había más que ver que el chef, el encargado y el repostero que se encontraban al frente de la brigada de cocineros, ocho en total, eran franceses. Sólo el salsero salvaba el honor de nuestro país.

Gente arriba y abajo, órdenes que volaban de un extremo al otro, retoques y más retoques. Los camareros andaban como locos para que ni un solo cubierto estuviese más separado que los demás, para que ni una sola copa estuviera fuera de la fila. De tal manera que cuando Pierre se agachase y mirase únicamente viese la primera. Las flores tenían todas la misma altura, las sillas formaban una única línea y la luz iluminaba hasta el último rincón, sin dejar una sola sombra. ¡Dios, cuánta perfección!

Una vez se abriese el parque al público, se ofrecería un menú al precio de cinco pesetas. Naturalmente, el restaurante también dispondría de una carta muy bien surtida, a un precio, evidentemente, bastante mayor, destinada a aquellos clientes con mayor poder adquisitivo. Una verdadera locura. Y no hay que olvidarse de la magnífica bodega, que era la envidia de media Europa. Casi nadie de los que estábamos allí habría podido permitirse semejante tren de vida. Con cinco pesetas podía comer toda una familia obrera más de un día.

Y ahí estaba yo, el señor Pons, Víctor para los jefes y los amigos, y Vittorio para mi padre. Mi madre había muerto diez años antes, en la primavera de 1901, concretamente el 21 de abril, el mismo día que Barcelona se manifestaba para protestar por la actuación de la Guardia Civil, que había cargado indiscriminadamente contra toda la población.

Al principio y durante todo el año final de la construcción, que es cuando habían decidido contratar mis servicios, los empleados me tenían por un coordinador. Sin embargo, a decir verdad, mi verdadero cometido en aquel galimatías era el de «encargado de que no sucediese nada fuera de lo habitual», figura absolutamente esencial en los tiempos que nos tocaba vivir. No hay que olvidar que, desde principio de siglo, aunque arrancó con un acto de buena voluntad por parte del rey Alfonso XIII, que concedió en enero de 1900 tres indultos de pena de muerte para festejar su onomástica, el historial violento no había hecho más que crecer y crecer. El primero de mayo de aquel mismo año, las Ramblas se convirtieron en un campo de batalla, en donde las tropas cargaron contra los manifestantes. Y sólo faltó que el rey Humberto I de Italia muriese en un atentado a manos de un anarquista que pretendía vengar el baño de sangre de Milán, acaecido en 1898, para que se extremasen las precauciones y tanto el ejército como las fuerzas del orden se empleasen a fondo. Ni siquiera el entierro de *mossèn* Cinto Verdager, que se convirtió en una inmensa manifestación de dolor que inundó Barcelona entera, consiguió frenar lo que ya parecía imparable. En nada contribuyó a apaciguar los ánimos la aparición de un escrito anónimo que se repartía por toda España y que se titulaba «El liberalismo es pecado». Recuerdo que leí en él frases tan suculentas como: «A pesar de las declaraciones y el magisterio de Su Santidad Gregorio XVI y de Su Santidad León XIII, ningún estamento oficial permite que se enseñe que el liberalismo es pecado [...] la verdad prevalecerá, de nosotros depende acelerar la victoria [...] debemos saber cuántos estamos dispuestos a luchar por la fe y lograr que la patria española no sea presa de los imitadores de Lucifer». ¿A quién podía extrañarle que al año siguiente hubiese manifestaciones anticlericales, tanto en Madrid como en Cataluña?

Los disturbios prosiguieron tras las elecciones de mayo de 1901, en las que se decía que en Madrid había funcionarios municipales que

habían votado hasta doce veces. Una gigantesca ola que nos arrastraba a todos. Sin embargo, en medio de ella, se producían acontecimientos tan novedosos como la inauguración del funicular del Tibidabo, a finales de aquel año.

Lo cierto es que todos habíamos caído en el abismo de la locura, pero seguíamos viviendo y Barcelona seguía creciendo entre disturbios, atentados, huelgas y trabajo. Ninguna cabeza, coronada o no, de Europa o de fuera, escapaba a los actos de violencia. En septiembre de 1901 moría por causa de las heridas recibidas William McKinley, presidente de los Estados Unidos de América; en noviembre de 1902, el rey de Bélgica salió ileso de un atentado; en junio de 1903, murieron asesinados los reyes de Serbia, junto con los dos hermanos de la reina, el presidente del Consejo de Ministros, el ministro de la Guerra y diversos oficiales de la Guardia Real; en 1904, en Barcelona, Antonio Maura, por aquel entonces presidente del Gobierno español por tercera o cuarta vez, recibió una herida por arma blanca; en 1905, Alfonso XIII se salvó de otro atentado en su visita a París; en diciembre de aquel mismo año, en Barcelona, el cardenal Casañas fue salvado por el vicario general de morir apuñalado; en mayo de 1906, los reyes de España sufrieron otro atentado el día de su boda con una bomba lanzada desde un balcón, a causa de la cual murieron treinta personas; en abril de 1907, en Barcelona, Francesc Cambó, que era diputado por la Ciudad Condal, fue agredido; en febrero de 1908, en Lisboa, murieron asesinados el rey Carlos I de Portugal y su hijo Luis Felipe; aquel mismo año fue verdaderamente fatídico para Barcelona, que sufrió una oleada de atentados en el puerto, en la Boquería, en las atarazanas, en la muralla...; y en junio de 1909, en Barcelona, estallaron dos bombas en el teatro Principal. Un mes después se nos vino encima la Semana Trágica.

Con semejantes antecedentes, los dueños e impulsores de aquella magna obra del Tibidabo buscasen un mínimo de seguridad. Por esa razón mi trabajo era..., ¿cómo lo definiría?, delicado y preciso. Sí, eso mismo. Cometer un error podía resultar fatal. Así que a nadie debe extrañar que llevase una semiautomática del calibre 9 milímetros bajo la chaqueta y una veintidós de cuatro disparos en el tobillo, en una pequeña funda y escondida bajo el calcetín. Para la munición de la de bajo calibre utilizaba poca pólvora. Me permitía disparar desde muy cerca sin producir demasiado ruido; preparaba las puntas de los proyectiles ahuecándoles la cabeza y cortando un par de estrías a lo largo para que el daño que produjese fuera mucho mayor del que se puede esperar en un juguete tan pequeño. Mi licencia de detective privado me permitía llevar armas y en aquellos días nunca se sabía lo que podía suceder. Barcelona se había convertido en una ciudad peligrosa en la que la cantidad de delitos aumentaba día tras día. Recuerdo haber leído unas estadísticas en

las que el director de la cárcel de Barcelona resaltaba que en 1904 se habían cometido casi setenta mil robos, casi cinco mil violaciones o intentos de violación y más de trece mil agresiones a personas. ¡En fin! A todo ello había que sumar que los sindicalistas estaban a la que salta, los anarquistas no perdían ocasión, los políticos tenían que protegerse, los grandes empresarios estrujaban a los obreros y los bajos fondos aprovechaban el río revuelto para echar las redes y sacar buenas piezas.

Era normal que mis servicios fuesen más que necesarios; trabajaba para ellos y además tenía tiempo para otras ocupaciones, algunas de ellas puntuales, que me proporcionaban una fuente de ingresos extra. Lo cierto es que estaba en danza las veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Pero podía permitirme ese lujo porque de mí sólo dependía mi padre, que ya era muy mayor. Le cuidaba una mujer a la que yo pagaba para que le diese todos los caprichos. Se lo había ganado después de todo lo que había vivido y de todo lo que me había enseñado. Yo, de vez en cuando, gozaba de mis ratos de solaz y descanso. Para ello disponía de Manuela, a la que conocía desde pequeño y que me trataba con ternura, mientras yo le correspondía con el mismo cariño que emplearía con una prima cercana, aunque en el terreno físico iba mucho más allá.

Ella vivía con su abuelo al comienzo de la Gran Vía, donde casi no habían llegado las casas. Ocupaban un piso más o menos decente, con luz de gas, pero sin agua corriente. Su abuelo era muy mayor y a ella le había tocado en suerte hacerse cargo de él, porque era la única mujer de la casa. Por las mañanas trabajaba en un taller de confección de cortinas, y entre lo que sacaba y lo que yo le daba, iba tirando y podía mantener a su abuelo. Sus hermanos se habían desentendido completamente y ni siquiera la visitaban. No me extraña. En cierta ocasión, mientras me vestía, sentado en la cama, me quedé mirando el armario. Manuela, tendida a mi lado, me contó que aquél había sido el armario de su abuela, que la piel de aquella madera tenía más años que ella y que a saber lo que habría visto, porque no se había perdido ninguna de las noches en las que su abuelo llegaba borracho y descargaba todas sus frustraciones contra su abuela. Ahora ella había muerto y él estaba hecho un guiñapo y dependía de su nieta, a la que, de bien pequeña, sentaba en sus rodillas y tocaba entre las piernas mientras se reía y gastaba bromas.

¡Eh! Que conste que darle dinero no significa que fuese puta. Nuestra relación se basaba en que ella necesitaba calor humano y yo se lo daba a cambio de sus servicios en la cama, cuando aprovechaba para visitarla por las tardes, los días en que iba a ver a mi padre y de regreso pasaba por delante de su casa. Por otro lado, nunca le pedí ni le exigí nada fuera de lo normal, aspectos que quedaban para cuando pagaba a una verdadera puta. Con ellas todo está permitido, que para eso cobran. En cambio, a Manuela nunca la pagué. Eso que quede muy claro. Era una

amiga y yo la ayudaba. A veces, no habíamos acabado en la cama, sino que simplemente hablábamos y hablábamos.

En alguna ocasión, incluso me llegó a decir: «Tengo suficiente. No me dejes nada», aunque me hubiese satisfecho. Y eso la salva de todo.

Su abuelo ya no suponía ningún problema. El pobre desgraciado se pasaba el día entero sentado en una pequeña galería que daba a la calle, casi no hablaba, cenaba temprano y Manuela lo acostaba. Creo que ni siquiera se daba cuenta de mi presencia. Nunca respondía a mi saludo. Entonces el piso se quedaba vacío, sólo para nosotros, así que cenábamos casi como un matrimonio, nos metíamos en la cama y cuando ya tenía bastante, me levantaba, me vestía, me despedía de ella y la dejaba durmiendo. Para mí aquélla era una situación cómoda, en la que no tenía que dar explicaciones a nadie, porque a nadie prometía nada y en nada me comprometía, y si se me presentaba una buena ocasión para disfrutar de otro cuerpo, la aprovechaba.

Mi padre no pasó nunca de ser un obrero. Recuerdo que alguna vez mi madre le había dicho que un poco más de empuje no le vendría mal, pero él le respondía: «Ese de ahí algún día será alguien». Y me señalaba con su dedo índice, casi acusador. Sin embargo, mi madre le tenía mucho respeto y esas palabras se las oí pronunciar en contadas ocasiones y sólo cuando el dinero no le llegaba para comprar algo, que siempre era algo necesario. Nunca un capricho. En esas ocasiones, un par de días más tarde, mi padre se lo daba. Yo siempre me preguntaba: «¿De dónde lo saca?»

El resto del tiempo formaban un matrimonio muy normal. Nunca les oí discutir, jamás una palabra más alta que otra. El día que murió mi madre, mi padre levantó los ojos hacia lo alto; pude deducir de su mirada que si hubiese estado solo habría escupido al cielo. No obstante, no derramó ni una lágrima. A él nunca le vi llorar. El entierro fue lujoso. Mi padre compró un nicho que casi era más grande que nuestra casa y pagó lo que le pidieron por el mejor ataúd que había, aunque al sepelio asistimos cuatro gatos.

—Se lo merecía —me dijo cuando regresábamos.

Vivíamos en la falda de la montaña de Montjuïc, en una casa pequeña con dos habitaciones, un comedor con un pequeño fregadero y un grifo de agua que venía del depósito que mi madre llenaba todas las noches antes de irse a la cama. Teníamos una cocina de carbón, de ladrillo tosco; mi padre lo había encalado para darle un aspecto más limpio. Desde el comedor, por una puerta con un vidrio que ocupaba más de la mitad, se accedía a un patio. Allí había una comuna que desaguaba en un campo situado detrás, además de una leñera que el señor Bernardo llenaba de carbón, leña y astillas una vez al año. Tenía que bastar para alimentar el brasero durante los meses de invierno y para encender la

cocina cada día. En mitad del patio, el primer domingo de mayo, si es que no llovía, mi madre disponía un barreño que llenaba con agua caliente. Este ceremonial me alertaba de que se había acabado el invierno y de que, a partir de entonces y hasta el primer día de octubre, cada dos domingos, por la mañana, me bañaría. Esto fue así hasta que cumplí la edad en la que el cuerpo empieza a cambiar y aparecen pelos. Entonces mi padre dijo que esos menesteres bien podía hacerlos yo solito. Creí que ya me había librado de aquella tortura, pero a partir de aquel momento él se encargó de recordarme mis deberes y no me escapé ni una sola vez.

Nuestra calle no tenía nombre. Poco más allá empezaban las chabolas hechas con cuatro maderas y unas cañas. Casi se podría decir que, en comparación con ellas, mi casa era todo un palacio. En esta vida siempre hay alguien que vive peor que tú y un montón que viven mucho mejor, naturalmente.

El día de Navidad mi madre me obligaba a lavarme las orejas y me ponía colonia.

—Hay que estar presentable para recibir al niño Jesús —me decía.

También me obligaba a mudarme de ropa y me vestía con el pantalón oscuro, que me duró casi cinco años, hasta que ya parecía más un pantalón corto de verano que uno largo de invierno. Menos mal que siempre fui delgado. Paquito, el hijo de Vicente Barroso, el que vivía dos casas más abajo y a quien llamábamos el Troncho, que estaba bastante más gordo que yo, lo habría reventado al segundo o como mucho al tercer año.

Mi madre lavaba la ropa una vez por semana, pero tanto mi padre como yo teníamos que aguantarla quince días, porque no había tanto jabón.

Sin embargo, era muy limpia y ordenada; cada mañana, antes de salir camino de la escuela, me lavaba la cara con un trapo mojado para que no me quedasen restos de mocos ni tiznajos y me peinaba, aunque la raya del pelo duraba el tiempo que tardaba en llegar a clase y sacarme la gorra. Durante unos años, mi mundo se acababa en el colegio, bajada la cuesta, y sólo podía ver la ciudad a lo lejos, cuando me escapaba con el Troncho, Andrés, Julio y otros que a veces se nos sumaban. Le decía a mi madre que me comería la merienda fuera, recogía la rebanada de pan bañada con vino y con un poco de azúcar y nos encaramábamos en una especie de mirador natural desde el que divisábamos montones de casas.

—Un día yo viviré ahí abajo —decía, contemplando el mundo que se extendía a mis pies.

—¿Dónde? —preguntaba el Troncho.

—Allí. En el centro —señalaba yo.

—Tú estás loco. ¿Sabes lo que cuesta vivir ahí? Por lo menos veinte duros.

—¡Anda ya! ¿Cómo va a ser tanto, hombre? —exclamaba uno de nosotros.

—¡Coño, te lo juro por todos mis muertos! Allí hay casas con agua corriente; esa gente no tiene que ir a buscarla a la fuente. Por la noche encienden luces de gas y las mantienen encendidas toda la noche —replicaba el Troncho.

—¡Sí, hombre! —nos reíamos.

—¡Sí, señor! Toda la noche. Que me lo ha dicho uno que lo ha visto.

De manera que el día que mi padre me llevó por primera vez a la ciudad, me pasé todo el tiempo con la boca abierta, mirando hacia arriba, hacia las ventanas más altas de las casas. En donde yo vivía todo era plantas bajas.

—¿Qué te parece? —me preguntó mi padre, que me llevaba cogido de la mano.

—Un día yo viviré aquí —le contesté.

—¿Dónde? —me preguntó, divertido.

—Allí —señalé el piso más alto de la casa más alta.

—La gente importante nunca vive ahí arriba —dijo mi padre, riendo—. Viven abajo, en el principal, para no tener que subir tantas escaleras.

Luego, poco a poco, conforme acompañé a mi padre en aquellas excursiones, la ciudad perdió su inmensa magia y su poder sobre mí y dejé de mirar las casas con cara de idiota.

Una tarde, acababa de cumplir los diez años, decidí que el hecho de haber entrado en la etapa de los dos dígitos ya me permitía vivir mi primera aventura. Andrés y yo nos escapamos del colegio, echamos a andar desde la falda de la montaña de Montjuïc, llegamos a la Gran Via de les Corts, nos agarramos a la parte de atrás de un tranvía y nos dirigimos al centro de la ciudad. Allí las calles estaban limpias y adoquinadas, los tranvías compartían el espacio con las tartanas y los carruajes elegantes. Había gente bien vestida, tiendas con aparadores, confiterías que nos dejaban con la boca abierta, criadas con cofia y todo aquello que sólo existía en nuestros sueños. ¡Menudo viaje! Incluso, si teníamos suerte, quizá veríamos un automóvil, como el que Pancho decía haber visto una vez y que andaba sin caballos que tirasen de él y sin raíles, como los trenes o los tranvías.

Paseando por la Gran Via, al llegar al Carrer Balmes, a pocos pasos de nosotros vimos a un tipo con cara de despistado contando el dinero que llevaba en la cartera. Lo observé atentamente. Aquel tipo sudaba y se le veía nervioso. Acabó y se metió la billetera en el bolsillo de atrás del pantalón, pero su cabeza debía de estar en otra parte porque se

le quedó medio salida.

—Mira —le dije a Andrés apuntando con la barbilla.

—Se le va a caer —me contestó.

—A que soy capaz de quitársela.

—¡Sí, hombre! —me desafió.

—Es muy fácil. Un pequeño empujón y seguimos como si no hubiese sucedido nada. Ni se va a dar cuenta.

Echamos a andar, nos dirigimos hacia el sujeto y cuando estuve cerca me volví para gastarle una broma a Andrés. Entonces choqué con aquel hombre al tiempo que le quitaba la cartera. Le pedí disculpas y seguí andado como si nada hubiese sucedido. Había sido la mar de sencillo.

Todo iba de maravilla, hasta que oí que gritaba:

—¡Al ladrón! ¡Me han robado la cartera!

Me di la vuelta y vi que había agarrado a Andrés por un brazo. El muy imbécil se había quedado plantado a su lado, mirándolo fijamente con cara bobalicona y —¡claro!— se había dado cuenta, se había llevado la mano al bolsillo de atrás, había hecho cálculos y... Dudé, me quedé quieto unos segundos y eso fue mi perdición.

De una de las casas surgió un portero que se me vino encima. Caí de bruces, con aquella mole aplastándome. Me vi perdido y dejé que el instinto actuase por mí. Allí, tendido en el suelo, descubrí que justo debajo tenía el agujero de la alcantarilla. No me lo pensé ni un instante y solté la cartera, que desapareció de inmediato sin que el portero se diese cuenta de nada.

En respuesta a los gritos de la gente apareció una pareja de la Guardia Civil, me agarraron por el pescuezo, me pusieron en pie y me zarandearon como a un muñeco.

—¡Venga! Suelta la cartera —me gritaba uno mientras agitaba la mano como un abanico.

—Yo no tengo ninguna cartera.

—Eso ya lo veremos.

Me registraron dos veces, primero uno y luego el otro, a conciencia, pero no encontraron nada. Luego registraron a Andrés y tampoco hallaron nada. Estuvieron discutiendo entre ellos, con el portero, con el dueño de la cartera, que gritaba como un loco, y es así como Andrés y yo acabamos en una comisaría de la Gran Vía.

—¿Y la cartera? ¿Dónde está? —No pararon de preguntarme.

—Yo no he visto ninguna cartera —repetí sin cesar.

—Tu amigo ha cantado —me intimidaron.

Pero por más bofetadas que me dieron, no me sacaron ni una palabra, como no fuese para negarlo todo y jurar y perjurar que yo no sabía nada de la cartera.

—Yo he chocado con ese señor, sin querer, pero no le he cogido nada. Seguramente la ha perdido —dije con convicción. Y de ahí no me moví.

Finalmente, el dueño de la cartera empezó a dudar de todo y acabó creyendo que posiblemente se le había caído. Se fue a buscarla y los de la comisaría enviaron recado a nuestros padres para que viniesen a recogernos. ¿Qué podían hacer si no había cuerpo del delito? De ahí saqué una gran lección.

Durante todo el tiempo que tardaron en llegar, que fue una eternidad, Andrés y yo estuvimos sentados uno junto al otro, en silencio, sin mirarnos, aunque yo podía oler el miedo de aquel estúpido traidor. Pensé que no tenía más remedio que darle la razón a mi padre, que siempre decía que el miedo se puede oler. Por eso los animales saben quién manda. A él, los perros, incluso los más fieros, le tenían respeto. Aquella era una cualidad que me tenía fascinado. Miraba a un perro, levantaba el dedo y el animal escondía la cola y se acercaba con las orejas gachas.

El primero en llegar fue el padre de Andrés. Entró por la puerta, miró a su mierda de hijo, meneó la cabeza, levantó la mano como si fuese a matarlo, pero la bajó y se dirigió al policía de guardia, que le soltó un discursillo que sonaba a canción repetida mil veces.

—Por esta vez pasa porque no se ha encontrado la cartera, pero más vale que no le quite el ojo de encima. Empiezan así y tarde o temprano acaban en la cárcel. ¿Entendido?

El padre de Andrés se deshizo en explicaciones, en disculpas y en palabrería. Luego agarró a su hijo por el cogote y lo sacó de allí a rastras soltando un montón de tacos y levantando la mano, pero sin bajarla, mientras el policía negaba con la cabeza, chascaba la lengua y seguía anotando alguna cosa. Él sabía, tan bien como yo, que, como decía mi madre, perro ladrador es poco mordedor.

Media hora más tarde apareció mi padre. Eso ya fue otro cantar. Recuerdo vivamente la cara que puso al entrar en la comisaría. Ni un gesto. Se detuvo justo al traspasar el umbral, miró a uno y otro lado con calma, sin mover el cuello, estudiando el terreno, se quitó la gorra y se fue a hablar con el agente de guardia, que repitió el mismo discurso con idénticas palabras.

Mi padre asintió lentamente, la gorra en las manos, le dio las gracias con toda corrección, sin más comentarios, y vino hacia mí. Me levanté del banco y me soltó un guantazo que me sentó de nuevo.

—¡Menuda ostia! —oí que exclamaba el policía de guardia—. Si todos los padres fuesen así, otro gallo nos cantarían.

Mi padre se puso la gorra, se dio la vuelta, se despidió del policía y se dirigió hacia la puerta sin mediar palabra. Yo me levanté medio

aturdido y le seguí. La cara me ardía. Su bofetada me había dolido más que todas las que me habían atizado en el cuartucho de atrás mientras me interrogaban. Anduvimos durante cinco minutos, en silencio, él delante y yo detrás. De pronto se detuvo y se plantó delante de mí.

—¿Sabes por qué te he pegado? —me preguntó.

—Por ladrón —le respondí, esperando por lo menos otro par de bofetadas.

—¡Porque te han pescado, idiota! ¿Comprendes?—exclamó.

Aunque la sorpresa fue mayúscula, reaccioné de inmediato.

—Ha sido culpa de Andrés. Si él no se hubiese quedado mirando como un imbécil...

—¡Ha sido culpa tuya! Primero por confiar en un mierda como ese Andrés, y segundo por ensuciarte las manos. El que quiere robar de veras nunca toca el dinero. Siempre busca a alguien que lo haga por él. ¿Comprendes?

—Sí —asentí lentamente, procurando asimilar sus palabras, que sonaban como el restallido de un látigo.

—Si quieres llegar a ser alguien, antes tienes que ser un *hijoputa* de verdad. Y eso no tiene nada que ver con tu madre. ¿Comprendes?

¡Ya sabía que mi madre no era ninguna puta!, exclamé en mi interior. Puta era la Sarabia, la que vivía junto al bar. Eso era lo que decía Julio, que era puta porque se la tocaba a todos. Pero no me atreví a abrir la boca para nada. Mi padre hablaba con una energía que nunca le había visto. Soltaba sentencias, en lugar de frases.

Tomamos el tranvía y acabó de oscurecer mientras subíamos la cuesta que conducía hasta nuestra casa.

Al llegar, mi madre nos esperaba en la puerta. Me abrazó llorando y me metió dentro. Mi padre se quedó fuera. Supuse que no quería enfrentarse a ella, pues se la veía dispuesta a defenderme con mucha mayor energía que de costumbre. No me cabía la menor duda de que la pobre había pasado un calvario. Me tenía la cena a punto y se sentó a mi lado en silencio, mirándome con ternura mientras yo engullía la verdura, el pan y el queso. Y cuando hube acabado, sacó una naranja del bolsillo del delantal y me la dio con una sonrisa.

—Cómetela y vete a dormir antes de que entre tu padre —me dijo, y me dio un beso en la mejilla—. ¡Mira que nos has tenido preocupados!

Al día siguiente volví a escaparme de la escuela, pero no fui directamente a casa, sino que regresé ya de noche; mi madre me esperaba con una cara...

—¡Ya ha llegado tu hijo! —gritó cuando abrí la puerta.

Porque cuando no actuaba según lo previsto, me convertía en el hijo de mi padre. De ahí venía ese «tu hijo», como si ella no tuviese nada que ver conmigo.

Sin pensarlo dos veces me dirigí al pequeño patio que había detrás de la casa, en donde mi padre pasaba muchas horas leyendo. Devoraba los libros que sacaba de la biblioteca, uno tras otro, sin parar. Era el único del barrio que podía sacar libros de la biblioteca que había a media hora de tranvía. Nadie sabía cómo lo había conseguido. Me planté frente a él y antes de que pudiese levantar la mirada le tendí la cartera que había recuperado de la alcantarilla. Por eso llegaba tarde, porque había tenido que esperar a que cerrasen las porterías para poder tenderme en el suelo y meter la mano en el agujero para buscar la causante de todo aquel desaguisado.

—Ciento veintitrés pesetas y dos reales —dije.

Alzó los ojos del libro, contempló la cartera y luego me miró. Aguanté el envite sin pestañear. Al cabo de un rato cerró lentamente el libro y lo dejó en su regazo.

—¿Cómo has conseguido conservarla sin que nadie la viese?

Le conté lo sucedido. Él no movió un músculo de su cara hasta que concluí mi relato. Entonces alargó el brazo, tomó la silla que tenía a su derecha y me la ofreció. La acepté y la puse delante de él.

—¡No! —exclamó—. Aquí. —Señaló a su izquierda—. Y mira al frente. No me mires a mí.

Le hice caso y me senté junto a él.

—Cuando dos hombres hablan mirándose, significa que están discutiendo algún asunto, que hay temas pendientes y que hay que tomar decisiones —me dijo—. Cuando se sientan como tú y yo, son dos amigos que van a compartir confidencias. Por eso no necesitan verse la cara. ¿Comprendes?

Él siempre acababa sus explicaciones con aquella pregunta que venía acompañada de un gesto con el que bajaba la cabeza y alzaba las cejas para mirarme directamente a los ojos.

—La cena ya está y se va a enfriar —dijo mi madre desde la cocina.

—Mi hijo y yo tenemos que hablar. Si la cena se enfría, ya volverás a calentarla —respondió él en el mismo tono que había empleado el día anterior, al salir de la comisaría.

Mi madre no rechistó.

Ahí empecé a enterarme de que él y yo éramos *hijosputa*, porque los de arriba nos convertían en ello. Y entonces empecé a pensar en «nosotros, los *hijosputa*».

Una semana más tarde pagué una peseta, cincuenta céntimos a cada uno de los dos muchachos que esperaron a Andrés a la salida del colegio y le propinaron una paliza que le costó tres dientes y un brazo roto. Ahora ya sabía lo que era un *hijosputa* de verdad, y también había aprendido que hay gente capaz de todo por dinero. Por supuesto, nadie me relacionó con el incidente. Los dos muchachos no eran del barrio y

podía permitirme el lujo de gastarme una peseta, porque tenía más de cien. Bueno, no exactamente. Mi padre retiró cincuenta para dárselas a mi madre y otras veinticinco para guardarlas. El resto, cuarenta y ocho pesetas y dos reales, me las devolvió. La cartera se la quedó él para hacerla desaparecer.

—Procura administrarte y no hagas alarde de tu riqueza. Que nadie sospeche nunca nada, porque por ahí mueren todos por idiotas. No te las gastes invitando a tus amigos, porque harán comentarios. ¿Comprendes?

Asentí, más que sorprendido. Nunca había imaginado nada parecido; siempre había creído que mi padre era el hombre eternamente callado, sin amigos, que iba de casa al trabajo y del trabajo a casa. Pero las sorpresas no habían hecho más que empezar. A partir de aquel día, cada tarde mi padre y yo nos sentábamos en el patio y él me contaba cosas de su vida pasada.

La primera gran sorpresa fue descubrir que en realidad mi padre no se llamaba Josep Pons, sino Giuseppe Ponte y que había nacido en Italia, en el sur, en Calabria, concretamente en Catanzaro, la capital de la región. No había nacido en Mollerusa, tal como indicaban sus papeles. Allí, en Italia, había vivido durante casi treinta y cinco años, allí se había casado por primera vez y allí había entrado a engrosar las filas de una familia que formaba parte de la 'Ndrángheta calabresa. No una cualquiera, sino la de los Maltesse.

Había empezado ganándose la vida con todo tipo de trabajos, aquí y allá, por orden de Emiliano, uno de los segundos capos. Pero enseguida despuntó y fue escalando puestos hasta que empezaron a respetarle. Siempre a las órdenes de Emiliano, por supuesto; se convirtió en su mano izquierda. La derecha ya tenía dueño. Las familias no son como los negocios. Puedes fundar un negocio cuando quieres, pero las familias nacen para ser eternas. Eso me contó. De ahí que sean familias y no cualquier cosa; puedes entrar, pero no salir, como no sea para te metan en el hoyo.

—La palabra es sagrada y el silencio no tiene precio. Éste es el secreto. ¿Comprendes?

Me contó que en aquellos días la vida le sonreía, se había casado, tenía un hijo y esperaba el segundo. La felicidad completa. Yo le escuchaba con mucha atención.

—Ya tienes diez años. A tu edad yo ya hacía dos que trabajaba para mis jefes —me dijo—. A partir de ahora, tú yo formamos parte de dos familias: la que nos une a tu madre y la otra, la que es sagrada. ¿Comprendes?

Mi padre me explicó que en las familias, cuando ya has entrado en ciertos niveles, sólo puedes ascender cuando quien está más arriba se retira o lo retiran. Esta norma no era del agrado de Emiliano, que tenía aspiraciones y quería tener su propia familia. De manera que un par de misteriosos accidentes lo situaron en línea directa con don Genaro. Pero el Don poseía esa inteligencia que dan los años y esa sabiduría que sólo se consigue con la experiencia y, aunque no se alteraba por nada y siempre asentía beatíficamente a todo lo que le decían, enseguida se dio cuenta de que allí había algo que olía a podrido. Poco después, Emiliano apareció muerto en mitad de la calle. Alguien le había disparado a bocajarro dos cartuchos de posta. Por supuesto, nadie había visto nada. Y aquella misma noche también murieron sus dos hijos.

Lo malo es que don Genaro no se quedó tranquilo porque alguien le sugirió que quizás Emiliano no había actuado solo y decidió aplicar la regla básica que dice no hay que dejar raíces que puedan convertirse en nuevas plantas e invadirte el jardín. Así que se reunió con los capos de las grandes familias y solicitó permiso para dar un escarmiento ejemplar que serviría de lección a todos los que pretendiesen seguir los pasos de su segundo. Hubo largas discusiones a puerta cerrada, de donde no se escapaba ni una palabra. Cuando hay que tomar una decisión que puede afectar a otros, hay que meditarlo mucho.

Finalmente don Genaro puso sobre la mesa una lista de nombres. Se sopesaron todos, se eliminaron algunos y al final todos votaron a favor de la propuesta. Entre los que quedaron estaban un sobrino de Emiliano, que era su mano derecha, y mi padre, que era su mano izquierda, porque un manco de ambas manos poca cosa puede hacer. De manera que una noche alguien entró en casa de mi padre. Él no estaba. Aquella misma tarde había tenido que salir urgentemente hacia San Andrea porque un tío suyo se había puesto muy enfermo. Al día siguiente las vecinas encontraron los cuerpos de la mujer y del niño sin vida.

A mi padre le llegó la noticia a San Andrea por medio de un primo que había salido aquel mismo día de Catanzaro, también a visitar a su tío.

—Lo siento mucho, de veras —no dejaba de repetir el pobre tras comunicarle la noticia.

—¿Por qué ella? —preguntaba mi padre, desesperado.

—Parece ser que sólo habían recibido el encargo de acabar con el chico y contigo, pero al ver que tu esposa estaba embarazada decidieron que, ante la duda de si era niño o niña, mejor acabar con todos.

—¡Hijos de la gran puta! —gritó como un loco—. ¡Los mataré a todos!

—Si intentas algo, todas las familias se volverán contra nosotros y no quedará ni uno de los nuestros —le dijo su tío enfermo.

Miró a su tío y a su primo. Sabía que su vida había acabado y que le perseguirían hasta la muerte. Nadie escapa a la cólera de una familia si no tiene la protección de otra. Y él estaba solo, completamente solo. Nadie le echaría una mano. ¿Quién se atrevería a desafiar una decisión acatada por todas las grandes familias? Necesitaba tiempo y dinero. El dinero se lo ofrecieron su tío y su primo, pero el tiempo es un bien demasiado escaso cuando han puesto precio a tu cabeza.

Recogió cuatro cosas y se llevó consigo una escopeta de caza con unos cuantos cartuchos. Durante meses vivió en el monte, como pudo, escondiéndose y huyendo de los que le perseguían con el deseo de alzarse con el trofeo de caza y así congraciarse con don Genaro y obtener la recompensa. Finalmente, un día encontraron el cuerpo de un hombre con la cara destrozada por el disparo de la escopeta de caza. Llevaba la ropa de mi padre, sus zapatos, su cartera y su documentación; la escopeta estaba junto al cadáver. A todas luces se había suicidado disparándose dos cartuchos a bocajarro.

Quince días después, mi padre desembarcaba en Marsella con la documentación de un tal Josep Pons y tres años más tarde aparecía en Barcelona. Había aprendido su idioma supuestamente natal, aunque con un deje que él explicaba por su larga permanencia en otros países.

Me contó que entró a trabajar en una fábrica textil y que conoció a Marta, la que era mi madre, que vivía en la misma pensión y trabajaba en una fábrica de corchos. Se casaron y yo nací en 1880, un año redondo, en pleno apogeo de lo que se ha conocido como «la fiebre del oro». Desde 1875 hasta 1882, Barcelona creció y creció hasta el punto de que a partir de 1880 cada año llegaban ocho mil inmigrantes para poder ocupar un puesto en la industria textil, la metalúrgica y la química, en la construcción, en las navieras, en las nuevas compañías de electricidad que se creaban y en los comercios que se abrían. La ciudad era distinta cada día, aparecían nuevas calles que seguían la cuadrícula del plan Cerdà y las casas se multiplicaban, mientras aparecían chabolas por toda la periferia.

—Lee, lee, lee y no dejes nunca de hacerlo —me ordenó mi padre—. Juega con tus amigos, pero cada día, antes de ir a dormir, lee un rato. Al principio léelo todo, cualquier cosa que caiga en tus manos. Simplemente lee y entiende lo que lees. Luego, procura sacar lo que se esconde bajo las letras impresas. Los libros te mostrarán el camino. Cada día tienes que leer algo, que aprender algo nuevo, que buscar un significado a las palabras. Poco a poco te dirigirán hacia las lecturas que necesitas. Y cuando sepas leer correctamente, cuando seas capaz de ver el alma de quien escribió y puedas entrar en su mente, yo te enseñaré a leer en otras partes. Entonces serás lo que quieras. ¿Comprendes?

Asentí lentamente, aunque sin demasiada convicción. ¿Qué podía

encontrar en los libros?

—No te llamas Vittorio por casualidad —me dijo—. Vittorio significa «victoria», y la victoria es para los que se preparan para vencer. ¿Comprendes?

Aquel día no le comprendí, aunque asentí y le hice caso. Así es como aprendí a leer correctamente. Un buen día descubrí que mi padre había sido toda su vida un simple obrero sólo para protegerme a mí, para proteger su futuro, tal como él decía.

—Porque si tu futuro se acaba, tú mueres para siempre, mientras que si dejas tu semilla sobre la Tierra, tu vida es eterna. El futuro lo cambiarás tú, porque yo no puedo. ¿Comprendes?

Él tenía muy claro que don Genaro siempre exigía ver la cara del enemigo muerto y que el cadáver que hallaron en San Andrea no tenía rostro. Pero ¿quién iba a buscar a un pobre obrero que vivía en una casa miserable de un barrio perdido en las afueras de una gran ciudad? Por eso se levantaba cada mañana a las cinco, se lavaba, se afeitaba, se vestía, tomaba la fiambarrera que le había preparado mi madre, se ponía la gorra y entraba en la fábrica a las seis de la mañana para regresar cuando ya había anochecido. Llegaba, se quitaba la gorra y se sentaba a leer. Nunca se metía en líos ni acudía a las huelgas ni nada de nada. Tampoco tenía amigos, excepto los libros. Aquél era mi padre. Y yo lo recuerdo con su gorra.

De él aprendí mucho. Me dijo cómo tenía que comportarme, cómo tenía que mirar a la gente a los ojos y leer en sus entrañas, me enseñó italiano y me pagó clases de francés.

—El italiano tienes que aprenderlo porque es la lengua de tus antepasados y el francés porque es el país que tenemos más cerca y hay que estar a buenas con los vecinos —me decía cuando yo protestaba y me quejaba de que el francés no servía para nada.

Y así crecí y el francés se convirtió en la llave que me abrió las puertas de un mundo que parecía inalcanzable, porque cuando los socios franceses de la Sociedad Anónima La Rabassada buscaron a alguien que conociese los secretos de Barcelona, prefirieron escoger a alguien con quien pudieran entenderse directamente, sin intermediarios. Mi padre, está claro, era un hombre con visión de futuro.